

MUSEO NACIONAL

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

SERIE ETNOLOGICA

VOLUMEN I — PARTE I

APUNTACIONES ETNOLOGICAS

SOBRE LOS

INDIOS BRIBRI

POR

H. PITTIER



IMPRENTA NACIONAL
SAN JOSÉ, SETIEMBRE DE 1938

MUSEO NACIONAL DE COSTA RICA
BIBLIOTECA HUMANIDADES
MINISTERIO DE CULTURA, JUVENTUD
Y DEPORTES

F1545

P. 50

NOTA EDITORIAL

El 13 de agosto del año anterior, cumplió el Dr. Pittier ochenta años de edad. Con tal oportunidad el Club Rotario de Costa Rica celebró una sesión en honor al hombre de ciencia que tantos y tan útiles servicios ha prestado al desarrollo de las actividades científicas nacionales.

En el discurso pronunciado por el Director del Museo Nacional, se lanzó la idea de publicar los escritos inéditos del Dr. Pittier, referentes a Costa Rica; idea que tuvo excelente acogida por parte del señor Secretario de Educación Pública, don Alejandro Aguilar Machado y más tarde favorecida por el propio señor Pittier quien nos dió para la publicación; primero, "Capítulos Escogidos de la Geografía Física y Prehistórica de Costa Rica" (Museo Nacional de C. R., Serie Geográfica, vol. 1, parte 1), y más tarde "Apuntaciones Etnológicas sobre los Indios Bribri", que muy gustosos ponemos hoy en sus manos; enriqueciendo así, las ediciones del Museo Nacional que mucho tiene que agradecer al autor de estos importantes escritos.

San José, setiembre de 1938.

Discurso pronunciado por el Director del Museo Nacional en la sesión celebrada por el Club Rotario de Costa Rica, el 12 de agosto de 1937, para festejar el octogésimo aniversario del nacimiento del Dr. H. Pittier.

Señores Miembros del Club
Rotario de Costa Rica:

Sean mis primeras palabras para expresar mi más profundo agradecimiento, por la amable invitación, que de vuestra parte he recibido, para concurrir a esta sesión que con justicia dedicáis al recuerdo del maestro ausente: Dr. don Enrique Pittier Dormond; en la víspera precisamente, del día en que el sabio cumple los ochenta años. Cuando allá, desde Caracas, donde acaso al hacer recuerdos de su larga jornada por los países de América, nuestro bien recordado maestro dedique, con la placidez de los ochenta años, sus mejores recuerdos a esta tierra en que tantos afectos cultivó y donde jamás se le olvida; donde se sabe estimar en lo mucho que vale su larga labor y donde se le quiere como al mejor de los investigadores nacionales. Pienso que el Club Rotario de Costa Rica ha tenido un gran acierto al dedicar esta hora a honrar el recuerdo de quien tuvo siempre la preocupación de servir como el que más, al desarrollo de nuestra ciencia nacional, desde las muchas fases que su vasta preparación le permitía abordar.

De mi parte, como Director del Museo Nacional de Costa Rica, no puedo menos que sentirme sumamente complacido al unir mi humilde esfuerzo a vuestro alto propósito, ya que al Dr. Pittier debemos mucho del brillo que nuestras instituciones científicas alcanzaron ante el mundo para honra de un país, que a pesar de no ser el suyo, disfrutó como ninguno, de su incansable laboriosidad e inquebrantable empeño, así como del cariño que los sabios ponen en el suelo, objeto de sus estudios y desvelos.

La ejemplaridad de la vida del Dr. Pittier, es digna de mejor pluma. Hombre adusto, severo en sus modales, pero casi diríamos paternal con quienes buscaron en él al maestro con quien debían emprender el camino por las difíciles disciplinas de la Historia Natural. Hombre de costumbres que reflejan el refinamiento espiritual propio de su gran cultura. Al recordar su fisonomía, diríase que de su entrecejo constantemente plegado, destilan las características todas de un espíritu observador, casi hasta la contemplación. Sólo así podemos concebir al hombre que constantemente busca en el seno de la madre naturaleza un secreto para engarzarlo en su mente privilegiada; que ofrenda al mundo en sus múltiples y variados escritos; verdadero orgullo de nuestra bibliografía.

Sea además propicio el acto para dedicar un pensamiento a nuestros hombres de Estado, que haciendo buena nuestra fama de Suiza de América, quisieron, para que el fondo correspondiera a la expresión, traer de la propia Suiza los mentores para las juventudes patrias; con lo cual, escribieron la mejor página en la historia del desarrollo cultural y científico del país. Así llegó a nuestras playas en 1875 el Dr. Renard Thurmann, filósofo y pedagogo notable contratado en Ginebra por nuestro entonces Encargado de Negocios en Europa don Manuel María de Peralta, que tuvo en mente realizar en Costa Rica, por medio de Thurmann, cuyo padre lo había logrado en Suiza, una evolución en el sentido liberal, propósito en que no pudo ponerse de acuerdo con el Ministro de Instrucción Pública don Vicente Herrera, viéndose precisado el Dr. Thurmann a regresar.

Fracasado el primer intento, la mayor gloria corresponde al Lic. don Mauro Fernández, Ministro de Instrucción Pública en la Administración de don Bernardo Soto, que en 1885 trajo un grupo de ilustres profesores, entre ellos el señor Luis Schoenau, graduado en la Universidad de Ginebra, pedagogo de nota, que dirigió la Escuela Normal a la que el Lic. don Mauro Fernández convirtió en Liceo de Costa Rica, donde reprodujo el tipo del Gimnasio de Ginebra. El señor William Philippin, de Neuchatel, que había sido profesor en el Instituto de Bolomey, enseñó Pedagogía, Instrucción Cívica y Economía Política en ese Plantel.

Pablo Biolley, Licenciado en Letras, que desempeñó con gran propiedad el profesorado de Ciencias Naturales en el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Superior de Señoritas; prestando además muy buenos servicios como investigador de nuestra Flora y nuestra Fauna en el Instituto Físico Geográfico Nacional y en la Sociedad Nacional de Agricultura.

En esta Suiza Americana, Biolley no podía sentirse extranjero y así lo vemos fundar un hogar perfectamente identificado con la familia costarricense.

Para completar el grupo de profesores suizos que tan buenos resultados rendían en la enseñanza nacional, don Manuel María de Peralta, recibió órdenes de nuestro Gobierno para contratar un profesor de Geología, disciplina completamente descuidada entre nosotros y de la que necesitábamos para echar los fundamentos de la explotación científica de nuestro suelo.

Don Manuel María de Peralta contrató los servicios del Profesor Wettstein, notable geólogo y muy hábil alpinista, así como su hermano, el Director de la Estadística en Suiza.

El Profesor Wettstein, antes de emprender su contratado viaje hacia Costa Rica, quiso recorrer una vez más las peligrosas nevizas del Jungfráu, en los Alpes berneses, en compañía de su hermano y de sus amigos alpinistas. Desde abajo se les vió alcanzar la cumbre, de la que no regresaron nunca; la boca de hielo de una rimaya los tragó. Nueve años más tarde, la lengua del glaciar arrojó una pierna y una bota, único despojo de aquellos valientes exploradores.

Desaparecido tan trágicamente el Profesor Wettstein, un hombre ilustre quiso venir a Costa Rica. Ese hombre de Ciencia era el señor Pittier, doctor graduado en la Universidad de Zurich e Ingeniero de la Escuela Politécnica Federal. Don Manuel María de Peralta, muy apegado a los textos de Cancillerías, manifestó al Doctor Pittier que no tenía sino encargo de contratar un profesor y que los títulos que ostentaba podían más bien ser objeto de dificultades al establecer una diferencia con los profesores ya contratados para los Colegios de Costa Rica. El Dr. Pittier manifestó que no serían obstáculo sus títulos; los cuales fueron entre nosotros ignorados; mas, su amplia preparación siempre la tuvimos de manifiesto y nuestro Doctor en Ciencias supo encontrar aquí un vasto campo para sus actividades científicas, tanto como el Ingeniero de la Escuela Politécnica, supo encontrar latitudes, longitudes, caminos y mil cosas más, en esta tierra que jamás acabará de agradecer sus sacrificios en bien de nuestra cultura.

El 27 de noviembre de 1887 llegó al país el Dr. Pittier, acompañado de su primera esposa y tres niños. Había sido también contratado por el Ministerio de Educación Pública de Costa Rica para completar el número de profesores que debía efectuar la evolución educacional en nuestro país.

Nació el Dr. Pittier en Bex, Suiza, el 13 de agosto de 1857, hijo del agricultor Jean Francois Pittier y doña Elise Dormond. Hizo los estudios en Lausanne, donde fueron sus profesores Schnetzler, Renevier y Forel (F. A. F.). Dedicado a la enseñanza, fué por varios años maestro de Ciencias Naturales y Geografía en Chateau de Oex y luego primer docente de Geografía Física en la Facultad de Ciencias de la entonces Academia de Lausanne, hoy día convertida en Universidad.

Cuando el Dr. Pittier llegó a Costa Rica, hace 50 años, trabajó corto tiempo en la enseñanza dando lecciones de Ciencias Naturales, Geografía e Higiene en el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Superior de Señoritas. El señor Presidente de la República, don Bernardo Soto, y su Ministro de Educación Licenciado Fernández, tenían en mira la necesidad de impulsar, junto con la educación nacional, las investigaciones científicas; y así fundó el Observatorio Meteorológico Nacional y la red pluviométrica, cuya dirección se confió al Dr. Pittier, como nadie preparado para iniciar tales trabajos en el país. Esa institución fué de vida efímera y ya en 1888 fué sustituida por el Instituto Físico Geográfico, bajo el cual debían centralizarse todas las investigaciones relacionadas con la Historia Natural y la Geografía Física del país.

El Instituto Físico Geográfico, bajo la hábil dirección del Dr. Pittier, que la sirvió por quince años, echó los fundamentos de la geografía costarricense, así como los de la climatología.

En el año mismo de la fundación del Instituto Físico Geográfico, que desde el primer momento contó con sus órganos de publicidad: "Anales del Instituto Físico Geográfico" (que alcanzó a once tomos), y el "Boletín del Instituto Físico Geográfico" (que alcanzó a cuatro tomos), publicó el Dr. Pittier su primer trabajo: "Apuntamientos sobre el Clima e Hipsometría de la República de Costa Rica", (Anales, tomo I). Al año siguiente, 1889, en el Boletín trimestral del Instituto Meteorológico Nacional publicó, "Apuntaciones sobre el Clima y la Geografía de la República de Costa Rica, Resultado de las observaciones y exploraciones efectuadas en el año 1888." Un año después, en ese mismo boletín, encontramos el Informe presentado al señor Ministro de Instrucción Pública sobre la marcha del Instituto Meteorológico durante el año 1888.

El 17 de junio del 89 llegó al país, contratado para servir en el Instituto Físico Geográfico el señor Adolfo Tonduz; hombre sumamente modesto que trabajaba en el Museo Botánico de Lausanne y que con su práctica, supo organizar perfectamente, dirigido por Pittier, el Herbario del Instituto Físico Geográfico de Costa Rica, hoy Herbario del Museo Nacional.

En ese mismo año, el Gobierno envió a Europa al Dr. Pittier en desempeño de varias comisiones entre las que figuraba la contratación de cuatro profesores más, que debían ser de nacionalidad suiza y tres maestras. El 23 de noviembre llegaron al país los profesores, señores Gustavo Michaud, don Juan Rudin, Paul P. Piguet y Juan Sulliger, y las maestras, señoritas Weiskopf, Daniel y Biolley, esta última hermana del Profesor Biolley, ya en San José. De esos profesores dice el mismo Pittier: Rudin fué un notable pedagogo y el que, de todos los miembros extranjeros del cuerpo docente, más servicios ha prestado a la enseñanza y a Costa Rica. Michaud era un químico distinguido y en él también resultó acertada su elección. No así con Sulliger, buen matemático, pero mal disciplinista, al extremo que fué preciso rescindir el contrato a los dos o tres meses.

Igual suerte corrió Piguet, quien como Director del Instituto de Alajuela se hizo notar por su falta de tacto, y a quien también se le rescindió el contrato.

En el 90, el Bulletin de la Société Neuchateloise de Géographie publica una "Carta sobre la América Central", especialmente sobre Costa Rica (escrita en francés), y en el mismo año, en los Anales del Instituto Físico Geográfico: "Resultado de las observaciones meteorológicas practicadas en 1890"; "Apuntaciones para la Historia Natural de Costa Rica" e "Informe sobre el Estado Actual del Volcán Poás, presentado al señor Secretario de Educación Pública"; poco después publica "La Presión Atmosférica en San José, según las observaciones practicadas de 1889 a 1900, en el Observatorio Meteorológico Nacional", publicado en el tomo I del Boletín del Instituto, e "Informe del viaje efectuado al río Grande de Térraba", publicado en Anales V. De los tomos II a V de Anales encontraremos "Observaciones Meteorológicas practicadas en Costa Rica de 1890 a 1896".

Hasta aquí encontramos al sabio empeñado en sus estudios sobre climatología y geofísica nacional, con tanta felicidad, que logró organizar el estudio sistemático de tales disciplinas y las prácticas efectuadas durante los quince años que más o menos actuó como Director de los Institutos Meteorológico y Físico Geográfico, se consideran con justicia, como clásicas.

Desde el 91 en adelante encontraremos al Dr. Pittier cosechando en otros campos; ya hemos dicho que al fundar la Secretaría de Educación en el 88, el Instituto Físico Geográfico, trató de centralizar todas las investigaciones de la Historia Natural costarricense. Ya en este tiempo, el Dr. Pittier, auxiliado en el campo por Tonduz y por el notable explorador Profesor Biollev; contando además con la compañía de Geo. K. Cherie, ornitólogo contratado en los Estados Unidos, y con la colaboración científica de Th. Durand, naturalista del Jardín Botánico del Estado, en Bruselas y de hombres tan notables como Boeckeler, Bommer, Briquet, Cardot, Chodat, Cogniaux, C. de Candolle, E. de Wildeman, Engler, Hackel, Hallier, Klatt, Marchal, Micheli, Mueller, Radlkofer, Schumann y Stephani; emprendió la publicación de *Primitiae Florae Costaricensis*, obra de la cual dice el Dr. Paul C. Standley, en la Bibliografía de la "Flora de Costa Rica" que muy pronto será publicada en el Field Museum of Natural History de Chicago y en el Museo Nacional de Costa Rica: *Primitiae Florae Costaricensis*, en dos tomos. Es la única verdadera Flora que se ha publicado en Costa Rica; es una obra muy útil para el estudio de la Flora; pero desgraciadamente no trata todas las familias. Es realmente una lástima que el señor Pittier no lograra dar fin a la lista sistemática de nuestras especies vegetales. Aunque bien claro se ve, que si actualmente se tropieza con tanta dificultad para emprender una obra de esa naturaleza; ¡cuántas más no tendría que vencer el Dr. Pittier a quien le tocó luchar 50 años antes que nosotros! Valga decir, que sin su iniciativa, es probable que el estudio de la riquísima Flora del país, tan notable por su endemismo y su infinita variedad, no hubiera alcanzado el auge que hoy tiene.

Es notable que con los levantamientos efectuados de 1891 a 1898, es decir, en los mismos años que el Dr. Pittier preparaba *Primitiae*, hizo el mapa de Costa Rica que se editó en 1903. Nadie tan capacitado como el explorador botánico si cuenta con preparación e instrumental para practicar levantamientos geográficos; así se explica que, levantado el mapa, por los únicos métodos aplicables en la especie, continúe siendo el punto de partida para todos los que se intenten posteriormente.

La Geología costarricense no podía quedar sin recibir la atención de Pittier. En el 90 publica en *Anales* (tomo III), una traducción de "La Parte Sureste de la República de Costa Rica" de Frantzius e "Informe al Supremo Gobierno de Costa Rica sobre los fenómenos sísmicos ocurridos en la meseta central en diciembre de 1888" y en el 92 escribe un "Informe sobre los trabajos de exploración científica de la parte meridional de Costa Rica y un estudio de un camino del General a San José".

Como si tantos y tan diversos asuntos no fueran bastantes para ocupar la vida de un hombre de ciencia, en el 93 publica, en colaboración con don Carlos Gagini "Ensayo Lexicográfico sobre la Lengua de Terraba", publicado en el tomo IV de *Anales*, y en el mismo año, en colaboración con don Miguel Obregón "Elementos de Geografía de Centro América", publicado en el *Boletín de Enseñanza Primaria* (Nº 19 y siguiente). De ese mismo año es su informe relacionado con los trabajos del camino de San Marcos al General. Al mismo tiempo, Pittier no perdía oportunidad de dar a conocer nuestro país en el exterior; del mismo 93 en el Nº 9 de *Nouvelles Geographiques*, de París, publica en francés "Notas sobre la Geografía de Costa Rica". El incansable investigador que como llevo reseñado, ha venido destacándose, primero en Climatología, más tarde en Botánica, después en Geografía, Geología, Etnografía y Linguística, no podía dejar sin estudiar nuestra Fauna y en *Anales* de 1894, tomo VII, publica, en colaboración con Biolley "Invertebrados de Costa Rica", Hemiptesis, Heteroptesis e Invertebrados de Costa Rica, Lepidópteros, Heteroceros y en el mismo año, en *Nouvelles Geographiques* ya citado, "Exploraciones en Talamanca" (en francés).

Todos estos trabajos los realizaba sin descuidar los de climatología, que sin duda fueron los de su mayor predilección. En el 95 publica en San José "Las Lluvias de Centro América", para volver al año siguiente con "Nombres Geográficos de Costa Rica y Talamanca" en el tomo VI de *Anales* y en el 97 con la "Primera Contribución para el Estudio de las Razas Indígenas de Costa Rica", comprendiendo: A) Notas Antropométricas acerca de los indios guatusos; y B) Apuntes para un nuevo Glosario del idioma de los guatusos (*Anales*, tomo VI) y el siguiente año en alemán, publicado en *Akademie der Wissenschaften in Wien Philosophisch Historisch*, "La Lengua de los Indios Bribris de Costa Rica".

En ese mismo año, 1898, dió a la publicidad en Washington, su obra más conocida en el país: "Plantas Usuales de Costa Rica", la obra de más

interés para quien sin abondar en asuntos botánicos quiera tener una idea clara de nuestra Flora. Obra igualmente útil al agricultor y el viajero culto que necesitan conocer las plantas que más corrientemente se encuentran en el país. Del 99 encontramos "Apuntamientos Preliminares de la Isla del Coco", en las Memorias de Fomento; y en este siglo, en 1901 da en el Boletín del Instituto Físico Geográfico "Primer ensayo de un mapa de declinación magnética de Costa Rica", y "La presión atmosférica en San José, según las observaciones practicadas de 1889 a 1900 en el Observatorio Meteorológico Nacional", en *Monthly Weather Review* XXX, "Climatology of Costa Rica"; en *Journal d' Agriculture Tropicale de Paris* (tomo I), "Les Castilloa de Costa Rica". Al mismo tiempo publicaba en San José en el Boletín del Instituto, "Sobre dos plantas laticíferas de posible utilidad", y en 1902, en el mismo Boletín "Determinación magnética para cualquier fecha" y "Es el Cacaotero Indígena en Costa Rica".

En ese mismo año se retiró Pittier del servicio del Gobierno y poco más tarde, después de una corta permanencia con la United Fruit Company, fué llamado a ocupar un puesto como experto de agricultura tropical en el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Su labor fué muy fecunda allá; sólo quiero indicar en adelante, como lo he hecho hasta aquí, a los escritos referentes a Historia Natural costarricense.

En 1902 publica, otra vez en *Monthly Weather Review* otra parte de "Climatology of Costa Rica" y en 1905, en la misma revista "Costa Rican Climatological data January to June 1905".

En 1910, cuando tanto nos afligió el terremoto de Cartago, Pittier fija de nuevo su atención en nuestro país y escribe "Costa Rica Vulcan's Smithy", publicado en Washington en el *National Geographic Magazine*, relacionado con los volcanes y el terremoto del 4 de mayo de 1910. Ese mismo año en *Contribution from The United States National Herbarium de Washington*, aparece "A preliminary Treatment of the genus *Castilla*". En 1902 publicó en Petermann Mitterlungen *Erganzungsheft*, "Kostarica Beitrage zur Orographie und Hydrographie."

En 1913 estuvo por primera vez en Venezuela, cuya Flora le interesó de tal manera, que sin saber si tendría oportunidad de volver, preparó un catálogo de todas las plantas recogidas en ese país. De regreso a los Estados Unidos empezó a escribir la serie "New or Notewotly Plants from Colombia and Central America", que publicó en *Contribution from The United States National Herbarium* y "Malvales novae Panamensis" en *Repertorium specierum novarum regne vegetabilis*, Tomo XIII, Berlin.

Después de 18 años empleados en exploraciones en toda la América tropical y varios en el estudio de los bosques de Panamá, volvió el Dr. Pittier en comisión oficial a Venezuela en 1918 y en 1920 se establece en forma definitiva, ocupando un puesto oficial como Director del Museo Comercial y Consultor Técnico del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Allá publica una de sus obras más hermosas: "Plantas Usuales de Venezuela" tan importante en aquel país, como "Plantas Usuales de Costa Rica" en el nuestro.

Después de múltiples vicisitudes que la vida le ha presentado en los últimos años, ocupa actualmente una envidiable posición en el Ministerio de Agricultura de la República de Venezuela, donde siempre en pie y luchando por la ciencia, le sorprenden los 80 años; cargado de títulos y honores. Es Doctor en Ciencias de la Universidad de Washington y Doctor Honoris Causa de la de Lausanne, Oficial de la Orden de Leopoldo; orden de méritos otorgada por el Rey de los Belgas; Oficial de Instrucción Pública, institución de la República Francesa; Miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Exactas de Colombia, Correspondiente de la Española. Es uno de los tres Socios Honorarios de la National Geographic Society, miembro correspondiente de la Sociedad Científica "Antonio Alzate", de México y de la Royal Geographical Societies de Londres y Edimburgo; miembro de las American Botanical Society, American Ecological Society, American Geographers, Société de Géographie de Neuchatel, Washington Academy of Sciences, Société Helvétique des Sciences Naturelles; Société Royal de Botanique des Belges, Société Linnéenne de Lyon, Société Vaudoise des Sciences Naturelles, Société Suisse de Botanique, Société de Géographie de Berne, Société Meteorologique d' Autriche, etc.

Para terminar, con el mayor respeto someto al Club Rotario de Costa Rica, que es fuerza viva de la nación, una iniciativa, que dejo a vuestro cuidado: el Doctor Pittier, que tanto trabajó por establecer en nuestro país las bases para el estudio de la Etnología y la Linguística, guarda inéditos sus extensos vocabularios del cabécar y del brunka, junto con los revisados y aumentados del bribri y del térraba, y se perderán sin duda—agrega Pittier—, lo que es lástima, por la importancia que hay en conservar esos "records" de idiomas que pronto quedarán sólo como memoria. Pienso que el proyecto de publicación de tales obras, es la mejor manera de honrar a quien se desveló por nuestra cultura, y a quien tanto cariño debe Costa Rica.

En corroboración de esta última afirmación de mi parte, quiero copiar una frase de la última carta que he recibido de mi excelente amigo el señor Standley, quien es además gran admirador de Costa Rica; y quien me ha dicho al referirse a Pittier: "El siempre ha sido buen amigo de Costa Rica, como bien lo sé, por lo que me ha relatado en el tiempo que lo veía de día en día". Valgan estas palabras por la buena intención e indudable sinceridad.

He dicho.

Juvenal Valerio Rodríguez

APUNTACIONES ETNOLOGICAS SOBRE LOS INDIOS BRIBRI

POR H. FITTIER

Aunque durante una larga permanencia en Talamanca yo había establecido relaciones de amistad bastante estrechas con muchas familias de naturales, y podía conversar con ellos corrientemente sobre cualquier asunto, su confianza nunca llegó hasta revelarme los detalles más íntimos de su vida. Puedo sin embargo afirmar, por haber convivido con ellos por meses seguidos en las mismas casas, que su vida familiar es de las más apacibles y podría servir de ejemplo a muchos de los hogares llamados civilizados. Nunca he visto reñir el hombre con su mujer y los niños se crían sin regaños ni reprensiones bajo el cuidado de sus padres. Las relaciones más secretas entre éstos se efectúan fuera de la casa en lugares apartados del monte, y aunque todos los miembros de una familia andan más que ligeramente vestidos, no he podido jamás observar detalles que pequen contra la natural decencia.

Los apuntes que siguen son necesariamente muy incompletos y presentados en forma algo heteróclita. Pero, a pesar de todo, pueden servir de base para una recopilación más completa.

I.—INDUMENTARIA

El clima de la parte de Talamanca poblada por los Bribri es muy caliente y por esto la indumentaria es de las más sencillas. Hasta la pubertad, los varones andan desnudos, mientras las hembritas ya se abrigan en una edad muy tierna. Los hombres adultos llevan casi siempre como ropa interior una faja angosta (*kipar-uó*) hecha de la corteza batida del mastate, una morícea que no he podido identificar. Esta faja pasa por entre las piernas y da en seguida dos o tres vueltas alrededor del cuerpo en donde se sujeta por simple presión. Por encima de este *kipar-uó* primitivo, el indio lleva otro, la pampanillita, hecha de algodón colocada y atada del mismo modo que la primera. En lugares donde el indio se halla en contacto con gente civilizada, agrega algunas veces a su indumentaria un pantalón, *kut-u-ó*, y una camisa, *pa-ló*, la que lleva floja por encima del primero, ambos de origen extranjero. Pero cuando anda en el monte o en cualquier trabajo, sólo se queda con el *kipar-uó* y la pampanilla.

En la mujer, el vestido más interior es parecido al de los hombres, con la diferencia que es simplemente arrollado en torno de las caderas sin pasar por entre las piernas. Por encima de esta primera pieza, llevan una especie de enagua, que alcanza desde la cintura hasta las rodillas y se llama *bano*. Da dos veces la vuelta al cuerpo y está hecha del mismo mastate (*détsi-bara*), de un tejido de algodón de manufactura indígena, o más a menudo de una manta importada de color azul oscuro con dibujos y bandas blancas. Estos vestidos quedan atados a

la cintura por medio de una faja de algodón angosta (*kipar-uauó*) igualmente tejida entre los mismos Bribri. En fin, el pecho y la espalda están protegidos por una camiseta blanca y corta (*apa-ió*), que sólo alcanza hasta en medio del abdomen. Aun en lugares frecuentados por los criollos o los negros, este traje de las mujeres sufre pocas variaciones.

Los hombres completan su indumentaria con un pantalón. La tendencia a sustituir el antiguo material por generos importados es general, solamente en los valles más remotos puede el viajero encontrar el vestido en su primitiva simplicidad.

El uso del sombrero parece también ser de reciente introducción, casi todos los indios andan con la cabeza descubierta, a veces con el cabello largo y dividido en dos partes por una carrera, a veces cortos y sin raya.

II.—ADORNOS

Acabo de indicar el modo de peinarse de los hombres; las mujeres dividen su cabello en dos trenzas cuyos extremos están entrelazados con cintas rojas; a veces esas trenzas cuelgan libremente por la espalda, otras veces están arrolladas sobre la nuca.

Los Bribri tienen el sistema piloso poco desarrollado, con excepción de la cabellera, la barba falta casi siempre y el bigote es también nulo o muy ralo, de modo que éste no puede desempeñar ningún papel como adorno de la cara. El uso de los aretes es bastante común en las mujeres, pero consiste casi siempre en brujerías importadas.

Desde la edad más tierna, los hombres llevan collares hechos de los dientes caninos de diferentes animales. Los caninos del jaguar son los más estimados, pero los collares hechos exclusivamente de éstos son muy escasos y usados solamente por los adultos. Los collares de los niños consisten en una o varias hileras de caninos de mono o de pequeños carnívoros, y las mujeres pueden también usar dientes, las más de las veces en combinación con hileras de perlas falsas, de vértebras de peces, etc. Yo tuve en mi poder uno de esos collares que perteneció a la madre de G. Gabb Lyon y que estaba formado de tres hileras, la primera más corta, compuesta como de 40 caninos de jaguar y de seis pequeños dientes de caimán, alternando cada uno con una perla de vidrio rojo; la segunda tenía en su parte media una decena de caninos de un felino menor y algunos dientes de caimán y en los extremos de nuevo caninos de jaguar, alternando todos con perlas; en la hilera más larga se notaban principalmente 188 vértebras de pez pulidas y 2 fragmentos de huesos largos o de defensas de danta también pulidos, 2 calcedonias perforadas y seis grandes perlas de vidrio, el todo arreglado con bastante simetría. Gabb menciona también el caso de una anciana que llevaba en su cuello más de tres libras de granates, y es también muy corriente que los indios perforen las piezas de plata que representan un salario trabajosamente ganado, para hacer collares para sus mujeres.

Antiguamente, los hombres se adornaban en las ceremonias con águilas de oro que colgaban de sus cuellos, pero éstas se han vuelto muy escasas y las únicas

de las cuales he tenido noticias las poseía el difunto Antonio, en mi tiempo cacique o rey de Talamanca.

III.—HABITACIONES

Se encuentran dos tipos de casas: el *palenque* (*hu-suri*), de forma cónica, y el *hú*, con todas sus gradaciones desde el abrigo temporal de media agua cubierto con grandes hojas, hasta el edificio más o menos cuadrado, con paredes de cañas o de varillas y una o varias puertas, el estilo de las cuales debe considerarse como una importación.

Gabb (loc. cit.) ha descrito de una manera tan completa y tan minuciosa la arquitectura del palenque con todos sus detalles interiores, que no es necesario repetirlo aquí.

IV.—NAVEGACION

La navegación de los Bribri se limita al curso inferior del Tarire y a la parte del mar que se extiende entre Bocas del Toro, en la Bahía del Almirante y Limón, puerto principal de Costa Rica, y a la cual se alcanza por Sixaola, que es la boca de aquel río. Las canoas de los Bribri están hechas de troncos de cedros (*Cedrela*) o de ceiba, cavados por medio de herramientas importadas. Los dos extremos de esas naves son parecidos y con carena, el fondo guarda exteriormente la forma redondeada del tronco. Los navegantes reman sentados o parados; el *capitán* gobierna la embarcación usando para ello otro canaleta más largo que los de los remeros y se queda parado en los momentos críticos. En el mar, en el cual se aventuran solamente en canoas más grandes o *bongos*, usan un timón fijo y una vela parecida a la de las pequeñas embarcaciones de cabotaje.

Los ríos de corriente rápida los remontan por medio de palancas, apoyándose en el fondo del agua y que exige un gran gasto de fuerza. La áncora consiste simplemente en una piedra grande amarrada a la canoa por un cable que puede ser un simple bejuco o un mecate de manufactura extranjera y que se sujeta a la popa.

Para atravesar los ríos hondos o para bajar solos su curso, el indio usa a menudo una balsa formada de tres o cuatro trozas cilíndricas del tronco de la balsa (*Ochroma*), de 1,5 a 2 metros de largo y unidos unos con otros por medio de dos atravesaños amarrados con bejucos. Esas balsas que son muy livianas se dirigen por medio de un canaleta o de una pértiga. Los Bribri son ciertamente navegantes muy atrevidos, dirigiendo sus embarcaciones con increíble destreza en los raudales más peligrosos. Sin embargo, he naufragado varias veces en su compañía.

V.—NATACION

Hombres y mujeres sienten gran placer en bañarse en los ríos hondos y todos nadan con la mayor facilidad. Adquieren este arte desde su más tierna edad y uno llega a creer que lo consideran como un don natural.

VI.—FUEGO

Los fósforos y el eslabón son de uso general y no conozco sino un caso en el cual el fuego se produce haciendo girar rápidamente un pedazo puntiagudo

de madera de cocotero en el hueco de otro pedazo del mismo material. Me refiero al fuego encendido en la ceremonia fúnebre descrita por Gabh y del cual no he sido testigo.

Una vez encendido en una casa, el fuego se conserva indefinidamente por medio de dos o tres grandes trozas de leña muy seca, las extremidades de las cuales se acercan unas a otras a la par que se van consumiendo.

VII.—ALIMENTOS

La banana en sus distintas variedades, el maíz y el chocolate forman la base de la alimentación.

Las tres variedades más comunes de *Musa*, pertenecientes sin duda a dos especies distintas y dividiéndose cada una en distintas subvariedades, son cultivadas por los Bribri. Ellos distinguen: la *banana común* (*chmú*), la *colorada* (*chmú-matré*), el *guineo* (*di-chmú*) y, en fin, el *plátano chico* (*u-sño-u*), el *plátano grande* (*tsa-rá*) y el de largos pedúnculos (*xo-rák*). Las bananas y los guineos, que son muy dulces, se comen generalmente maduros y sin preparación, mientras que el plátano no puede digerirse sino después de cocido. La cocción se hace de diferentes modos: se tuestan sobre las brasas (*kurú-kétú*) o bien se hierven en agua (*kurú-ri-chka*), o en fin se secan encima del fuego y luego se reducen a una especie de harina (*tá-si*).² Todas esas preparaciones se hacen naturalmente después de quitar la cáscara del fruto. Los plátanos hervidos en agua se reducen luego a una especie de pasta que se toma desleída en agua.

Como importancia en la alimentación el maíz le sigue de cerea a las bananas; se come generalmente tostado o hervido con la tusa, pero se preparan también con él otros platos, *djurar* y *úg-éta*, sin perjuicio del papel importante que este mismo grano desempeña en la preparación de la *chicha*. El *djurar* es simplemente el maíz reducido a masa en la piedra de moler, después de cocerse bien en el agua. El *úg-éta*, llamado también *ñor*, se hace con maíz negro. Primero se muele en la piedra, luego se somete a una ligera cocción y después se encierra bien hasta el día siguiente cuando la masa se hierva a fondo. Merced a la ligera fermentación experimentada durante la noche, esta papilla ha adquirido un sabor agrídulce que es todo su atractivo por parte de los Bribri.

Además de las bananas y del maíz los Bribri cultivan también, aunque hacen muy poco caso de ella, la yuca (*Manihot Alpi Pohl*) que llaman *ari* y del cual saben sacar el almidón azucarado, *ari-chka*; el tiquisque, *bu-é* (*Colocasia esculenta*), el ñame, *tú* (*Dioscorea sp.*) y la batata *ara-bá* (*Batatas esculenta*). Comen estos tubérculos hervidos con las bananas, la carne, el chayote o *sé-luk* (*Sechium edule*) y los quelites, *ké-pá*, renuevos y hojas tiernas de diversas plantas. Esta especie de olla podrida se sazona con pimientos (*tí-év*, *dipá*). La sal es de uso corriente solamente entre los indios que viven en contacto diario con los blancos o los negros. En lugar de azúcar, usan el jugo de la caña y la miel de las meliponas o abejas americanas.

La lista de las plantas cultivadas demuestra que además de las que acabamos de enumerar, los indios Bribri conocen muchas otras, indígenas o introducidas, que cultivan por sus frutos, los que se consumen sea al natural o después

de haber sufrido ciertas manipulaciones culinarias: El arroz, que no tiene nombre indígena, es muypreciado; los frijoles, que llaman *a-tú*, aunque son también de origen exótico, gozan de menos favor. Entre las frutas la naranja, el limón, el aguacate (*a-mó*), la papaya, *hu-kitchú* (*Carica papaya*), el zapote, *ku-rok* (*Calocarpum mammosum*) y la guaba, *ata-ña* (*Inga edulis*) parecen gozar de una predilección especial.

Haciendo abstracción del agua, la leche y los aguardientes importados, las dos bebidas preferidas son el cacao y la chicha. El cacao, tostado y molido en la piedra, se mezcla con agua caliente y esta bebida tan poco sabrosa para el paladar de un europeo, es la más preciada de todas. Hay varias clases de chicha. La más ordinaria, *bro-sése* o *i-kuí*, se prepara del modo siguiente: después de haber remojado durante una noche una cierta cantidad de maíz, se mezcla con una porción más o menos igual de bananas secas al fuego, y el conjunto se muele con cuidado y después se hierve en un gran volumen de agua. Este líquido que se asemeja a una sopa de avena o de harina tostada se llama *dju-rar*. Con una pequeña parte del maíz molido, la mujer ocupada en la importante manipulación del líquido, hace una bolita que impregna de saliva mascándola un momento y que deshace en seguida en el *dju-rar*, agregando a éste al mismo tiempo, otra cantidad de agua. La saliva obra como fermento y después de 12 a 24 horas, la chicha está en su punto.

Otra especie de chicha se hace moliendo igualmente el maíz para reducirlo en seguida a tortillas que cuecen en el fuego. Después que estas tortillas están frías, se deslien en agua fría, teniendo el cuidado de mascar algunos bocales. Esta bebida, la que exige ocho días para llegar a punto y que tiene entonces un hedor extraordinariamente nauseabundo, se llama *o-ró*.

Una última clase de chicha de maíz se prepara dejando el grano en el agua hasta que esté en plena germinación. Entonces se muele con plátanos maduros y se cuece en el fuego en forma de panecillos. Estos se guardan hasta que la descomposición causada por el moho, los haya vuelto muy livianos. Puede entonces usarse: se muelen en la piedra y se deslien en la cantidad necesaria de *o-ró*. La fermentación que tiene lugar entonces es tan fuerte, que un solo guacal de esta chicha, que se llama *o-ku*, es suficiente para emborrachar un hombre.

Se hace también chicha de pejívalle, *di-kó* (*Guilicima utilis*) y de yuca, preparándola del mismo modo que el *o-ró*; pero esta bebida es muy peligrosa, porque no solamente emborracha sino que enferma seriamente a los que abusan de ella.

Las horas de comida dependen enteramente de los caprichos de los estómagos de los indios. La chicha se toma de la mañana a la noche y a menudo de la noche a la mañana, y se ofrece invariablemente a todo visitante. Mis notas no dicen nada sobre el modo de servirse y de comportarse durante las comidas, pero creo recordar que las mujeres comen aparte, que el contenido de la olla se derrama en hojas de banano y que cada uno saca del montón sea con los dedos o con una cuchara hecha de un pedazo de calabaza o de cáscara de nuez de coco, el pedazo que más apetece.

VIII.—RELIGION

Aunque un gran número de los Bribri han recibido el bautismo y pertenecen a la iglesia romana, sus creencias religiosas distan mucho de ortodoxas. En realidad, han guardado su primitiva religión y la consideran como mejor que el catolicismo estrecho del clero hispano-americano. Varios indios me han confesado ingenuamente que sólo habían aceptado el bautismo para recibir los regalos que lo acompañaban y uno de ellos había sido bautizado dos veces, y no es sin ninguna apariencia de razón que ellos se consideran mejores, desde el punto de vista de la moralidad, que la mayor parte de los cristianos con los cuales tienen relación. Desde hace un año, poco más o menos, un misionero católico trabaja, con éxito problemático, en la catequización de los Bribri.

Estos indios reconocen dos principios divinos para los cuales no parecen tener representación material: *xi-bú* es el del bien y *bi* el del mal. Como todos los indios de Costa Rica, llaman del mismo modo, con variaciones insignificantes, el principio del bien, *xi-bú*, es preciso admitir que se trata del Dios de los cristianos según la idea que les fué transmitida por los antiguos misioneros. Esto es tanto más plausible cuanto que su gran sacerdote o *usékur* se reputa de estar en continua relación con el espíritu malo y que puede predisponerlo según su voluntad, no ejerciendo ninguna acción sobre el primero. Este último espíritu, por lo demás, sólo tiene acción sobre los vivos. Los Bribri tienen miedo al *bi* y a los demás espíritus malos con los cuales pueblan sus montañas, pero parecen cuidarse muy poco de *xi-bú* y de lo bueno que pueden esperar de Él, aunque creen que, si han sido sepultados con todas las ceremonias, van a descansar cerca de él después de muertos.

Los espíritus—*sudá*, cuando son buenos y *bi* cuando pertenecen a la banda del demonio—son seres generalmente caprichosos y poco tratables. Habitan las partes menos frecuentadas de los bosques, las fuentes, las cuevas y los picos aislados de las altas serranías. A veces son invisibles, otras veces aparecen bajo la forma de animales, como por ejemplo la danta, y ésta es la razón de las reglas supersticiosas que observan cuando matan uno de estos animales. El *eco* es también una de las manifestaciones de su existencia.

Durante nuestra exploración de Talamanca nos ha sucedido de indisponer los indios contra nosotros, por causa de los gritos necesarios para orientarnos, que echábamos al atravesar las silenciosas selvas. Por nada del mundo pude obtener baquianos indígenas para explorar la alta colina de *Xkó-karlú*, de la cual se escapa el Zhorquín y que es especialmente frecuentada por misteriosos espíritus. Estos aparecen en forma de peligrosas serpientes, y desdichado el que los provoque.

Los bribri creen también en la existencia del alma *uig-beu* y, como se indicó atrás, en una vida futura toda de goces. A veces, sin embargo, las almas permanecen en la tierra mucho tiempo después de la muerte, las más de las veces para satisfacer una venganza. Así es como el alma de un caelque tibi matado en la guerra que su tribu sostuvo contra los Bribri, habita todavía las aguas del alto Zhorquín y ahora sin merced los que tienen la imprudencia de bañarse en ellas,

Según parece, no hay sino una sola persona investida de un carácter realmente sacerdotal. Es el *usékur*, que es el sacerdote mayor de todas las tribus de Talamanca. Ningún explorador ha podido hasta la fecha poner perfectamente en claro sus atribuciones, porque todos los indios temen su venganza si hablan demasiado acerca de él. El *usékur* evita de aparecer en público y cuando lo hace es disfrazado, con la cara pintada a la manera de los cabécaras. Está absolutamente prohibido de traicionar su incógnita, so pena de un severo castigo. En 1893 tuve oportunidad de encontrar en Xirores, en Talamanca, un indio todavía joven pero de aperiencia excepcionalmente noble y altiva y que sólo contestaba por medio de vagas sonrisas cuando uno lo interpelaba. Estaba enteramente vestido de manta blanca, pero no se diferenciaba de ninguna manera de sus demás compañeros, vendiendo como ellos su provisión de caucho y zarzaparrilla y comprando muchos objetos menudos. Más tarde supe que era el *usékur*, pero veo todavía la cara espantada del indio que me reveló ese terrible secreto.

El *usékur* pretende estar en comunicación continua con los espíritus y, según me pareció, lo aprovecha más para hacer mal y satisfacer sus peores inclinaciones que para hacer el bien. Cuando desea conversar con aquéllos se encierra, según se dice, en una gruta cuya puerta es de piedra. Vive con su familia, y ésta es muy conocida en la región, pero nadie se atreve a hacer alguna alusión a aquel personaje en presencia de uno de sus parientes, por miedo del inevitable castigo que sobrevendría en forma de un tigre o de una serpiente encargados de acabar con el culpable.

Las dos residencias acostumbradas del gran brujo son conocidas: la una es en *Baka-djeri* en el valle del Alto Coen; la otra en *Nénu-á* en el alto Telira. Se pretende que prefiere la última de esas residencias después de su tentativa de envenenar al Obispo de Costa Rica, Dr. Thiel, 1882. Ningún indio sería suficientemente atrevido para llevar un extranjero a casa del *usékur*, y así es que éste vive rodeado de más misterio tal vez que lo que corresponde a su verdadera importancia. Pues si él es el gran pontífice de las tribus paganas de Talamanca, es más bien por tradición que de hecho, y es muy raro que alguno pida su ayuda. Sin embargo, el cacique de *Tánsura* le da el título de *padre* y sus adeptos lo temen a tal extremo que si él llega a una casa y pide comprar una cabeza de ganado o cualquier otro objeto, se las ofrecen inmediatamente como obsequio. Estos detalles completan hasta cierto punto los dados por Gabli en la monografía ya citada.

Pueden considerarse como especies de sacerdocios las funciones de los varios encargados de las fiestas y ceremonias fúnebres.

En primera línea los *stakur* o cantores, los que se reclutan solamente del bajo Coen. Esos cantores ejercen, como veremos más adelante, funciones importantes en los funerales, cantando en un tono monótono y cansador especies de letanías en un dialecto hasta ahora ininteligible. En las fiestas como en otras partes, los *stakur* son tratados con la mayor consideración. Cada uno de ellos tiene uno o varios asistentes llamados *ko*, los que tienen exactamente los mismos conocimientos sin poseer todavía el título oficial de cantor, y también alumnos o *siul*

que los acompañan como los monaguillos acompañan al clérigo en las ceremonias católicas. Para adquirir el título de *siní*, es preciso pasar por las pruebas de cuatro fiestas sucesivas y ser entonces juzgado apto para seguir. Después de una experiencia más o menos larga según la memoria del aprendiz, éste pasará su examen de *stakur*, cantando secretamente sobre los restos de un niño. A media noche, se enciende un fuego debajo de los huesos de este último, colgados del techo de la casa. Entonces el *siní* aparece acompañado de su maestro, con dos ayudantes (*ko*) cada uno de los cuales lleva un tambor, y teniendo él mismo en la mano una pequeña calabaza vacía, fija en un hueso en forma de mango, conteniendo semillas de *Canna*. Este instrumento le sirve para marcar el compás. Sin demora comienza a recitar a media voz los cantos mortuorios, vigilado por el maestro quien lo corrige en caso de necesidad. La misma ceremonia se repite cuatro noches consecutivas, después de las cuales el *siní* es reconocido como *stakur* y puede funcionar públicamente como tal.

Viene en seguida el *bikakra* u organizador de fiestas. La insignia de su dignidad es un bastón de caeique (*Eugenia lepidota*) o de otra madera preciosa. Para obtener esa dignidad igualmente importante y accesible para todos, el aspirante debe también pasar por cuatro fiestas sucesivas, a las cuales asiste encerrado en una especie de cámara de iniciación cuidadosamente cerrada por medio de paredes de hojas de banano. Sale de allí solamente de noche y durante el día prepara él mismo sus alimentos que consisten únicamente en bananos hervidos. Esta prueba tiene sin duda como objeto enseñarle a guardar moderación en el desempeño de su oficio en medio de los excesos de sus compañeros. Tan pronto como se acaba esa prueba, el maestro lo pone al corriente de todas sus atribuciones, le enseña el cuestionario usual que se emplea con los *stakur* y los *aná*, después de lo cual se le considera como *bikakra*.

Los *ókub* son los que presiden los funerales. Solamente ellos pueden tocar un cadáver sin peligro; un simple mortal suficientemente atrevido para hacerlo, vería sin falta su propio cuerpo desecarse poco a poco y la muerte sobrevendría en corto plazo. Tan pronto, pues, como se produce una defunción, se llama a un *ókub*. Este tiene también el poder de purificar a la persona que haya tocado al muerto por accidente; para ello el contaminado lava sus dedos en una calabaza de chocolate que el *ókub* se traga en seguida.

El ave de brillante plumaje y de colores chillones entre los cuales dominan el rojo y el azul, familiar a todos los que han viajado por la América tropical, el *Ara militaris* de los naturalistas, es sagrado para los Bribri, quienes lo llaman *ku-kó*, y lo hacen parecer en todas sus ceremonias, llevado por un personaje especial llamado *ku-kó-ókub*. Está absolutamente prohibido a los niños tocar este pájaro y las mujeres cometerían un espantoso sacrilegio si comieran su carne. Los hombres pueden hacerlo, pero entonces deben prepararlo en una olla especial y cada uno está obligado a lavar cuidadosamente sus manos antes de tocarlo.

IX.—MITOLOGIA

Los elementos de este capítulo quedan todavía en su mayor parte sin reunir. El *folk-lore* de los Bribri es ciertamente rico en leyendas pintorescas, pero por un lado es muy difícil obtener su comunicación en el idioma original y por otra parte la traducción a los idiomas modernos les quita una gran parte de su sabor primitivo.

Al final de nuestro vocabulario de la lengua Bribri, hemos dado los originales de dos de estas leyendas. Poseemos también la versión española de varias otras que esperábamos obtener algún día en el idioma original.

Entre estas últimas se encuentra la que trata de la creación de los indios. *Sibu-surá* se quedó parado en su formación, dicen los Bribri, por las maquinaciones del espíritu del mal (*bi*). Este había establecido su morada con todo su séquito de demonios en las riberas del Arari, y los seres informes e inacabados que representaban antecesores de los Bribri, estaban reunidos en un cerco de piedra enfrente de aquéllos, en la ribera opuesta.

Cierta día, *Sibu-surá* pensó en perfeccionar su obra: creó dos mazorcas de cacao iguales en tamaño, pero una de las cuales estaba tan madura que estaba lista para abrirse, mientras la otra era todavía verde y dura. Vino entonces a sentarse en medio de los informes indios y de allí llamó al demonio y le propuso un nuevo juego: "Voy, dijo, a cebarte una de esas mazorcas de cacao y guardaré la otra. Luego en el mismo instante las canjearemos lanzándolas por encima del río y el que de nosotros dos pueda enseñar al otro el fruto así recibido entero en su mano, convidará al adversario a una gran fiesta de cacao y de chicha". El espíritu maligno aceptó esta singular apuesta. *Surá* le lanzó la fruta verde y algunos instantes más tarde la verde y la madura se cruzaban por encima de las aguas del Arari. La primera todavía dura llegó entera a las manos de *Surá*, la otra demasiado madura se deshizo al tocarla el demonio, quien pasó entonces con todos sus compañeros al campo de los indios. Estos les hicieron gran fiesta y los emborracharon, aprovechando *Surá* esta ocasión para acabar su creación de los hombres.

Mucho tiempo después *Sibu-surá* pasó otra vez por Talamanca y escogió entonces cuatro familias, entre las cuales los *Tkčbi-ri-uák* y los *Kős-uák*, de las cuales debían salir exclusivamente los *auá* o brujos. A la familia de los *Sark-uák* confirió los privilegios de la realeza, mientras el *usčkur* debía escogerse solamente entre los Cabécará y sólo los *Kórruc* o gente del bajo Coén podían ser *stsúkar*. Fue también en esta ocasión, que dividió la tribu de los Bribri en dos grupos: los *Túbor-uák* y los *Kórk-uák* y prescribió que los matrimonios de los hombres de un grupo podrían hacerse solamente con las mujeres del otro grupo.

X.—SUPERSTICIONES

Son numerosas entre los Bribri y reuniré aquí todas las que he podido recoger, no sin dificultades, en el curso de mis exploraciones.

1º—Cuando uno atrayesa por primera vez un bosque o un río, debe hacerlo en absoluto silencio, pues de lo contrario empezaría inmediatamente la lluvia.

Sobre todo, no se debe reír, ni cantar, ni lanzar gritos de ninguna clase, so pena de caer enfermo y aun de morir si el espíritu del mal (*bi*) contesta—esto es, si hay eco.

2º—Cuando los Bribri van de viaje y llegan a la orilla de un río o de un riachuelo, uno de ellos coge una piedra y mojándola rocía con su agua la cabeza y los pies de sus compañeros, con el objeto de evitarles enfermedades. Cada uno moja también la culata de su escopeta o la madera de su arco, con el fin de que la cacería conseguida no los enferme.

En la cuenca del Durui se encuentra una angostura notable en donde el río corre por sobre un banco de arenisca muy compacta que se parece a un muro cerrando el acceso del valle. Los indios llaman este punto *Krd-udk-ska* (cerca del banco) y al llegar a él tienen la costumbre de pagar su pasaje diciendo: "*dauc-dju-ki sa é upátuc*" (igual pagamos para no enfermarnos) y cada uno deja una prenda, tal como un mechón de cabellos o un pedacito de ropa, asegurándolo con una piedra. El que se dispensara de esta formalidad sería infaliblemente atacado por *ni-vi*, especie de calentura que es siempre mortal.

3º—Cuando un Bribri baja por primera vez a la costa, no debe ver el mar antes de haber sido bien mojado con agua salada. Se para en el bosque a alguna distancia de la playa; uno de sus compañeros va a llenar una calabaza de agua de mar y la riega en la cabeza del novicio, el cual puede entonces seguir su camino y hasta embarcarse sin temor de marcarse nunca. La misma superstición existe entre los Térraba, del otro lado de la cordillera. Pero éstos al acercarse al mar, se contentan con cubrir completamente la cabeza del paciente por medio de tres pañuelos sobrepuestos. Al llegar a la orilla, la cabeza de éste es sumergida directamente en el agua salada.

4º—Antes de embarcarse en el mar los Bribri tienen el cuidado de asegurarse si él les es propicio. Para este objeto buscan en la playa el fruto grande de cierta *Clusiácea* que llaman *xépi* y lo lanzan tan lejos como sea posible en el mar. Si las olas lo devuelven al instante, es señal de que el mar no quiere al indio y que éste debe volver a su casa.

5º—Las lagunas escondidas en los bosques o en la cumbre de los cerros son la morada de los malos genios y al acercarse uno a aquellos lugares debe evitar toda manifestación ruidosa. La laguna que se encuentra hacia las fuentes del Coén es particularmente peligrosa porque demuestra marcas tan grandes como las del mar, las que dependen del capricho del *usékar*. Cuando un profano se acerca a sus márgenes empieza a agitarse y bota torrentes de humo; entonces el desgraciado pierde la facultad de hablar.

6º—Cuando un Bribri ha comprado una vaca u otro animal doméstico, debe empezar por comer bien y beber mucho cacao y chicha durante un día entero. Luego, al día siguiente debe ayunar después de tomar un baño al amanecer. Si dejara de observar esas reglas, el animal comprado se desecaría o se volvería sarnoso.

7º—Cuando un cazador ha matado una danta debe igualmente observar ciertas reglas: 1º Debe descuartizar el animal sin quitarle el cuero, ni los huesos,

ni ninguna otra parte, como los ojos, etc. 2º Ningún animal debe comer la carne fresca de la danta; ésta debe ser primero ahumada y luego cocida en una olla especial y sin sal. 3º Después de comer esta carne, es preciso lavarse las manos con un cuidado especial. 4º El cazador no debe cohabitar con su mujer durante una luna. 5º La carne de danta no debe ser comida, ni aún tocada, por las mujeres y tampoco por los niños. De no observar esas reglas, uno se expone a morir de la enfermedad llamada *nair-sôte-é* (esto es: la danta nos ha herido) o *se-chú*, la que se manifiesta por hemorragias nasales repetidas.

8º—Entre los animales, los chanchos, las dantas y los venados tienen reyes. El de los primeros aparece a veces en forma de un chanchito blanco, otras veces en la de un niño armado con una flecha. Es invulnerable y es tanto más peligroso cuanto que las más de las veces no es sino la encarnación del *bi* o espíritu malo. El rey de las dantas es también una danta, pero de color blanco y que puede tomar la forma que más le plazca. El rey de los venados es un venado de talla gigantesca con los cuernos enormes. Su cuello es muy largo y doblado de modo que la cabeza descansa sobre los cuartos traseros y mira hacia atrás. Este monarca camina también siempre hacia atrás.

9º—Asimismo, los Bribri cuentan que si cuando una persona mata un venado, corre a juntarse con él tan pronto como cae, puede encontrar entre las pezuñas una piedrita blanca, y el que posee esa piedrita se topa entonces en todas partes con rebuños de venados, los que puede cazar según quiera hasta el día en que el rey de los venados lo cace a su vez y lo mate.

10.—El pequeño desdentado conocido bajo el nombre de *Serafin de platanar* (*Cycloturus didactylus* Linn.) es un animal de mal agüero. Lo mismo pasa con el pájaro llamado guaco (*Ibycter americanus* Bodd). Los Bribri dicen: "*Uako, on tha ón, tonarva cher*", es decir: "Ya cantó el guaco tendremos catarro". Esta clase de resfriados tienen un carácter generalmente muy grave para los indios. Los Terraba tienen una prevención análoga contra el guaco; su refrán dice: "*Uako ti ton, aba koukon qui io-kin*", es decir: "Ya cantó el guaco, a alguien mató la culebra".

11º—Los Bribri tienen un medio original para destruir las avispas que invaden a veces los techos de sus casas. *Tkú-nák* es el nombre de una hormiga carnífera cuyas legiones se encuentran a menudo en los bosques de Talamanca. Tan pronto como las avispas *bu-kurá* abundan en una casa, el dueño coge una caña brava y la lanza por tres veces por encima de la cumbre: al día siguiente los *tkir-nák* invaden los nidos y los destruyen completamente.

12º—Cuando los pequeños coleópteros luminosos del género *Photinus* que los Bribri llaman *tki-á-nó* hacen su aparición en una casa, es el presagio de una visita para el día siguiente.

13º—Cuando uno observa un arco iris no hay que señalarlo con el dedo, pues se produciría un absceso en éste.

Para terminar este capítulo me quedan por decir algunas palabras sobre los dos casos de impureza reconocidos por los Bribri: el *bukurú* y el *úa*. Un objeto cualquiera se vuelve *bukurú* cuando se queda varios días sin que nadie lo toque;

una mujer que tiene sus reglas por primera vez, una mujer encinta, una persona que haya tocado un cadáver, un animal que se haya acercado al lugar donde un cadáver está expuesto, están igualmente bajo *bakurú* y deben aislarse hasta que hayan sido purificados por intermedio de un *aná*. El *há* no parece sino un grado más acentuado de impureza; no me ha sido posible desenredar exactamente lo que distingue el uno del otro.

XI.—BRUJERIA

Es aquí, según creo, que conviene colocar lo que sabemos acerca de los *aná* o médicos de los Bribri.

Ser *aná* o *sakia* presupone, según los Bribri, una inteligencia verdaderamente superior. El que desea dedicarse a esta profesión debe acompañar al maestro que ha escogido lo menos durante tres años, antes de poder practicar por su propia cuenta. Y sin embargo, nada he podido descubrir que tenga siquiera la apariencia del buen sentido en su modo de proceder.

Todo *aná* posee una colección de piedritas redondas, las unas blancas, las demás rojas o moradas (*sibó*) y a las cuales atribuye propiedades sobrenaturales. Según él, estas piedritas pueden conversar con las almas de los enfermos e informarle del estado de éstos en las largas conferencias que tiene con ellas cada vez que se le consulta. Nada más extraño que oír el *aná* ganguear en el silencio de la noche interminables retahilas de palabras tan ininteligibles sin duda para él como para los oyentes que lo escuchan respetuosamente. Su canto monótono es interrumpido por largos silencios durante los cuales parece escuchar lo que dicen las piedritas.

Estas son objetos temibles para los indios, pues según ellos pueden transformarse a medida del deseo de su amo en serpientes, tigres, etc., que atacan sin piedad a los que él les señala.

Tan pronto como hay un enfermo en una casa, se da aviso al *aná* más cercano, explicándole a la vez de una manera más o menos ambigua en qué consiste la enfermedad. Nunca se apresura para acercarse al paciente. En espera de su llegada, las mujeres de la casa preparan para él mucho cacao y chicha, un poco de comida y un cierto número de hojas de una *Arácea* llamada por ellos *ai-ko* y por los civilizados *sahinilla*. Agotados los cumplimientos usuales a la llegada de un visitante, el festín del *aná* empieza y no termina sino a la hora, cuando los habitantes de la casa se retiran a sus hamacas.

En este momento, el paciente viene a colocarse delante del médico. Este está sentado en la mejor hamaca de la casa y al alcance de su mano se ha encendido un pequeño fogón y colocado una pipa con las hojas de *ai-ko*. Luego comienza el examen del enfermo. El *aná* calienta las hojas y enciende la pipa, pasa lentamente las primeras por la espalda y el pecho del enfermo, soplando al mismo tiempo sobre él el humo de la pipa. Terminada esta operación, el enfermo explica en qué consiste su mal y ruega al *aná* consulte sus piedras con objeto de conocer el mejor modo de curación.

Esta consulta tiene lugar de noche en un banco dispuesto al efecto fuera de la casa. Cuando el *auá* supone que todo el mundo está dormido, empieza la recitación de su lúgubre letanía, la que dura de 4 a 5 horas. Al amanecer se le ofrece otra vez chocolate, después de lo cual vuelve a practicar sobre su enfermo las mismas operaciones de la víspera, sobando esta vez el cuerpo con un animal que tenga relación, según él, con la enfermedad del paciente. A veces es un zopilote o un pollo, un lagarto, una tortuga, una cola de ardilla, un loro o un mono. No siempre es muy fácil conseguir el animal exigido. Finalmente el *auá* se despide después de prescribir una cierta dieta, que consiste ordinariamente en la privación de sal y de chicha. Se vuelve a llamar este singular médico dos o tres veces para repetir las mismas operaciones y se le paga con un pollo, si la enfermedad ha sido ligera, con un mono o un puerco en caso de gravedad.

Los Bribri afectan hacer poco caso de los remedios de los civilizados, aunque nunca vacilan en usarlos para vanagloriarse luego de haber sido curados por sus *auás*. Conozco el caso de un indio mordido por un trigonocéfalo y quien no debió su salud sino a la pronta intervención de un blanco, lo que no impidió de atribuir su curación al brujo llegado dos días después.

XII.—EL NACIMIENTO DE UN NIÑO

Cuando una mujer se siente encinta, empieza a preocuparse de las cualidades que quisiera asegurar a su niño. Para ello procura colocarse en la cintura, entre la manta y la piel, objetos que tengan relación con las cualidades especiales o ventajosas que desea adquirir para aquél. Si quiere, por ejemplo, que el bebé llegue a ser un buen cazador, se coloca plumas de martín pescador; si aspira a que sea viajero, serán de golondrina, etc. El mismo objeto se consigue cuando un indio conocido como gran cazador o pescador coloca un pedazo de yuca en el lugar indicado. También si desea que el niño salga blanco busca un hombre de tez clara que le coloque un copo de algodón en la cintura. Muchas veces he tenido la oportunidad de ayudar en este sentido.

Al aproximarse el tiempo del alumbramiento, la mujer se retira de la casa y va a habitar sola en un rancho construido expresamente en la orilla de un río o de alguna quebrada. Allí la sirven las otras mujeres de la familia. A menudo, el parto tiene lugar sin asistencia de ninguna clase y tan pronto como se termina, la paciente baja al río o a la quebrada y se lava, junto con la criatura. Pero desde este día, la madre es *ñá*, esto es, impura; nadie se le aproxima y no podrá volver a entrar en la casa hasta que el *auá* haya ahuyentado este espíritu malo con sus repetidos cánticos. Hecho esto, la mujer se baña con agua tibia, restregándose con hojas de plátano. Por espacio de una luna, se estará lavando la boca con la corteza llamada *kapoti-juá* que usan para este fin; deja también de tomar chocolate y de usar sal y come y bebe en hojas, las que se botan en seguida en lugar apartado donde no lleguen ni animales ni gentes; de no hacer esto, los que por casualidad pisaren esas hojas morirían con dolores de estómago.

Cuando el niño nace muerto, la tarea del *auá* se vuelve más seria, pues la impureza es mucho mayor. Las ceremonias del *auá* se han de repetir por lo

menos tres veces y mientras tanto, nadie puede acercarse a la mal parida y mucho menos tocar los objetos que ella haya manoseado. Por esta razón, se le suministran los alimentos poniéndolos en la punta de un palo muy largo y la pobre queda recluida hasta que el *andá* la haya purificado tres veces a intervalos de ocho días. Este trabajo se le paga obsequiándole un objeto cuyo valor no baje de 3 ó 4 pesos.

En cuanto a la criatura, no se observa ninguna regla, que yo sepa; se designa simplemente por el nombre de mirito, chiquito o expresiones diminutivas por el estilo.

XIII.—CEREMONIAS FUNEBRES

Al morir una persona se llama inmediatamente a los *ókub*, que empiezan por envolver el cadáver en una hamaca y luego en una o varias piezas de *masate*, y finalmente en las grandes hojas plateadas del *murá-sik* (*Calathia* sp.). El bulto es cuidadosamente amarrado por medio de bejucos y después se transporta a un lugar apartado en donde se coloca en medio del monte, encima de un andamio construido para este objeto; se cubre todavía con más hojas de *murá-sik* y por encima se amarra otra hamaca para impedir que algún animal se lleve los huesos. Mientras tanto que los *ókub* cumplen con su fúnebre tarea, un *stsikur* canta sin cesar sentado delante del fogón y encomendando el alma del difunto a los buenos espíritus. Si se trata de un indio rico, se mata para esta oportunidad alguna cabeza de ganado, un puerco, etc., y se prepara una cantidad respetable de cacao y de chicha.

Tres o cuatro meses después de la defunción, se verifica la primera de las fiestas fúnebres propiamente dichas que es el *búate* o extinción del fuego. Se prepara por adelantado una cantidad de viveres y líquidos suficientes para un día y una noche, considerando el número de las personas que se esperan para la ceremonia; se convida un solo cantor. Los más instruidos entre los espectadores se colocan en dos hileras alrededor de una mesa redonda sobre la cual hay un poco de algodón, fragmentos de madera de cacique y semillas de ayote. Luego dos de las personas sentadas alrededor de la mesa se ponen a enumerar las cualidades del difunto y a recordar los trabajos ejecutados por él durante su vida. Si, por ejemplo, ha sembrado maíz, ponen a un lado una de las semillas para representar éste, un fragmento de cacique que es el utensilio con el cual labró el suelo y un poco de algodón que corresponde a la red en la que transportó las mazorecas. Si había comprado un perro, la semilla representa el animal, el bastoncito de cacique la pieza de madera que se le amarra al collar para impedir al perro cortar el mecate, y este último se representa por el algodón, etc. Esta enumeración puede durar horas y una vez terminada se envuelven todos los fragmentos por separado en algodón y en la misma mesa se colocan dos piezas de madera de cocotero, la una bastante grande, la otra en forma de bastoncito puntiagudo en sus extremidades. El bastoncito se coloca verticalmente en la otra pieza y se hace girar rápidamente entre las dos manos de uno de los asistentes

hasta que brote la llama. Se enciende en ésta un poco de algodón que se apaga inmediatamente con los objetos enumerados arriba.

Si se trata de una india, cuatro mujeres dirigidas por un hombre proceden a las mismas prácticas, con algunas ligeras variaciones.

Otra ceremonia antecede todavía a la fiesta principal, a saber: la exhumación de los huesos del difunto, practicada por un *ókub*, ayudado por dos o tres asistentes. Se limpia cada hueso cuidadosamente y se reúnen en un paquete artísticamente arreglado y envuelto en una pieza de manta, de la que se teje por los mismos naturales; al mismo tiempo que el *ókub* se dedica a esta operación, se hacen los preparativos para el *baile de los huesos*. Todas las mujeres hábiles de la familia del difunto se reúnen y durante una semana entera preparan enormes cantidades de las varias clases de chicha. Los *bikákra* invitados se juntan para discutir la organización del baile, el día en que éste puede empezar, su duración, los cantores que deben llamarse, el dinero necesario para pagarlos, etc. Arreglados estos detalles, las mujeres continúan sus preparativos con la mayor actividad. La invitación de cada *stsákur* exige tres viajes de uno de los hombres de la parentela del difunto: la primera vez se trata simplemente de rogarle que participe en las ceremonias del baile proyectado; la segunda, para anunciarle el número de días que han de transcurrir antes de empezar la fiesta y la fecha en la que vendrán a buscarle para traerlo a la casa mortuoria; la tercera, finalmente, el mismo mensajero vuelve otra vez en compañía de su mujer, la que debe llevar los efectos del *stsákur*, haciendo las veces de la esposa de éste.

Si el difunto era de poca importancia se invitan solamente de dos a cuatro *stsákur*, cada uno de los cuales trae sus *siul* y sus *ko*, los que deben tratarse con la mayor deferencia. Los cantores más novicios empiezan el baile, cantando por los restos de los niños, que se juntan casi siempre a los del difunto principal. Si se han de creer las confidencias del *stsákur*, sus cantos, cuyo texto recogido por el Dr. Thiel, es absolutamente ininteligible, tienen por objeto recomendar a *Sibá* el alma del difunto con el fin de que éste les abra las puertas del cielo; los objetos que poseyó en su vida se colocan de manera que le enseñen el camino del paraíso, cuyo acceso le es facilitado por sus virtudes, etc.

Esas fiestas que duran al menos diez días y que sólo pueden celebrarse con la anuencia del rey, degeneran rápidamente en increíbles orgías, durante las cuales los indios absorben enormes cantidades de chicha y se y se embrutecen a tal extremo, que se entregan públicamente a excesos sexuales, aun sin consideración a las relaciones de parentescos. Tuve una vez la honra de ser convidado a una de esas bacanales e hice dos días de camino para alcanzar la casa donde se efectuaba. Alrededor de ésta, un palenque inmenso, corrían y gritaban indios de ambos sexos vueltos locos por la embriaguez. En el interior colgaban del techo un centenar de hamacas, en cada una de las cuales yacía un hombre ebrio cuyos vómitos caían en cascadas hasta el suelo, sobre el cual se revolcaban en medio de los excrementos amontonados algo así como veinte mujeres borrachas perdidas. Una hediondez tan grande se desprendía de este antro abominable, que a pesar de mi deseo de ponerme al corriente de los detalles de la fiesta, me retiré lo más

ligero posible, después de tener apenas el tiempo de ver el paquete de huesos colgando cerca de la puerta.

Según los informes recogidos por Gabb y los que he podido adquirir de otras fuentes, el baile de los muertos se ejecuta por los hombres si el difunto es una persona de cierta edad, y por las mujeres cuando se trata de niños. Durante los funerales se procede también a lavar las reliquias del muerto, las que consisten generalmente en algunos pequeños cilindros de piedra horadados en el sentido de su eje y de color blanco o rojo. Una persona de edad madura procede a esta operación, frotando las dichas reliquias con los cuatro dedos de la mano derecha mojados en un poco de agua contenida en una hoja. Solamente las personas importantes tienen algunas veces águilas de oro en el número de sus reliquias. Acabado el lavado, los testigos lanzan grandes gritos a los cuales contestan los *stsákur* desde el interior de la casa. Luego, el anciano que ha lavado así las reliquias y la familia del difunto, reciben una buena ración de cacao a la cual no tienen derecho los demás invitados en esta ocasión.

Los animales que se matan para el consumo durante estas fiestas, son ahorcados en un lugar apartado, pues ninguna sangre debe correr durante este tiempo y los malos ojos de un testigo disminuirían la calidad de la carne. Una vez terminadas las provisiones, la fiesta llega también a su término. El coro de cantores da solemnemente y por tres veces la vuelta al palenque y después los parientes del difunto conducen a cada uno de los *stsákur* a su domicilio después de remitirles su paga, la que consistía en 1893 en seis pesos en dinero y algunas pequeñas piezas de género.

Después de algunos días de descanso, los parientes preparan todavía provisiones para conducir finalmente los huesos del muerto a su última morada. Los cementerios están situados generalmente en la cumbre de lomas de difícil acceso y consisten en una especie de casa construida de la madera de un árbol llamado *tsuril* o palo santo y dividida en tantos departamentos cuantas familias tienen derecho a ocuparla.

Allí se deposita el paquete de huesos y, como último homenaje, se sacrifica encima un *Ara militaris* (perico). Los parientes del difunto son informados del día cuando se cumpla esta ceremonia final y durante el cual deben quedarse en ayunas, bañarse temprano y evitar el uso de sal, de carne de puerco y de chicha.

XIV.—OTROS BAILES

Además de los bailes que tienen lugar en las ceremonias fúnebres, hay varios otros de los cuales he presenciado los dos siguientes:

1º—*Duri-tuk*, que es el mismo llamado por los terribes *eri-duri-otá*. Se practica en las alegres *chichadas* que siguen a los trabajos comunes de los desmontes, limpia de plataneros, etc. Las mujeres no participan en él. Tres hombres se paran cerca de la puerta con tambores y el que está en medio lleva la voz y conduce el canto, entrecortando éste por pausas durante las cuales los dos compañeros y toda la asistencia repiten en coro cada estrofa. La melodía de este canto

es en extremo monótona y, cosa singular, la lengua usada para esos cantos sería, según dicen los Bribri, invariablemente el térribe. He aquí, como ejemplo, algunos fragmentos:

Héhe, hé kía, hé kirrub, héhe
Héhe, fue domet, ta e domet, héhe
Héhe, ki skua terére, obar sia, héhe
Héhe, hé kía, hé kirú, héhe
Héhe, dèbon so, dop-u so, héhe
Héhe, xin to ber ke eni dñ, héhe

Se dijo atrás que este canto estaba en lengua térribe: esto me lo aseguraron tanto Gabb hijo, como otros indios, pero sólo encuentro *dèbon*, tigre, *xí to* o *xin to*, vamos, y *eni*, también, reconocibles a primera vista como pertenecientes al térribe.

2^o—*Burir-kuruk*. En este baile un cantor se coloca en medio del espacio libre, y todos los participantes, hombres, mujeres y niños, forman círculo, agarrados de los brazos. A cada pausa que hace el cantor los demás entonan héhe, pero las mujeres siempre guardan silencio.

XV.—MUSICA

Gabb ha descrito de una manera muy completa los instrumentos musicales de los Bribri, pero ha omitido hablar de sus cantos, de los cuales será tal vez útil decir dos palabras.

Esos cantos exclusivamente improvisados por las muchachas y las mujeres casadas y su tema consiste en celebrar los méritos de los novios y de los maridos, contestándose las participantes con una creciente excitación. Estas especies de concursos poéticos tienen lugar públicamente, sólo cuando los actores se hallan ebrios y, en este caso, no es raro que los hombres celebren también las bellezas de sus compañeras.

Una sola vez tuve la oportunidad de sorprender algunas muchachas celebrando en la ribera de un río una de estas pacíficas juntas, pero sin tener el tiempo de darme cuenta de su talento musical.

XVI.—ACERCA DE LOS NOMBRES PERSONALES

Todos los indios del sexo fuerte tienen su nombre, que se les da al alcanzar su pubertad o en otra ocasión que no he podido averiguar. Generalmente hablando, estos nombres corresponden a los de algún animal. La mayor injuria que un indio puede hacer a otro, es revelar su nombre a persona extraña y no he podido encontrar un solo caso en que el secreto se haya violado.

Los niños se llaman simplemente por términos de cariño, como *bi-surí* y *hè-bi-ra*, para los varones; *a-rá-ra* y *tódjira*, para las niñas; éstos se aplican a

cualquier niño o niña, mientras *ókub*, *siní*, *árma*, *tsurí*, *biá* para los muchachitos y *tsurí*, *ókub*, *bibi* para las muchachitas, son usados por una madre llamando a sus hijitos. Esto es, los primeros que corresponden a muchito, chiquito, varoncito o a mujercita, niñita, se aplican a cualquier muchacho o muchacha, mientras los demás son nombres de cariño usados sólo entre la familia. Lo curioso es que entre estos nombres hallamos *ókub* y *siní* que son designaciones de oficios ceremoniales.

Las mujeres también tienen nombres, pero éstos no son secretos como los de los hombres, aunque es difícil llegar a conocerlos. En mis correrías tuve ocasión de recoger los siguientes: *Tákuti*, *Héa*, *Tchéo*, *Ué-ué*, *Té-uix Héna* (?), *Masiana* (?), *Uevés* (?).

Los tres últimos parecen ser corrupciones de palabras españolas.